

Hernán Rodríguez Villegas 42-

# Pedro Prado y la Arquitectura

Cruzando las calles del centro a la hora de mayor tránsito o mirando de lejos el perfil de sus edificios, casi desvanecidos en el smog, surge en mi memoria el expresivo título de un poema de Pedro Prado: Esta bella ciudad envenenada.

En realidad, nada tiene que ver la capital con la ciudad del poeta, que era marítima y pequeña, y le envenenaba el corazón por "el recuerdo del amor que exhuma". Santiago sufre de gigantismo y se envenena de humos, no de amores. Sin embargo, muchos sentimos que nuestra ciudad es bella, por fidelidad, por raíces, o porque de pronto se limpia el cielo y se cubre de cordillera. Pero, objetivamente, ¿cuidamos su belleza?

Pedro Prado fue, además de poeta, arquitecto. Manejaba formas y espacios y tenía los ojos abiertos para el paisaje urbano de casas, calles y árboles. Poco se conoce de Prado como arquitecto; quedó en sombra, cubierto por las maravillosas alas de Alsino. Debiera estudiarse otra vez lo que hizo y dijo como profesional, que no fue poco, todo dedicado a los que se inquietan por la efímera belleza ciudadana y a los estudiantes de arquitectura. Temo que ninguno de ellos conozca siquiera el pensamiento de ese colega ilustre.

Recorrió todo Chile y el continente en-

tusiándose con la idea de una arquitectura americana y la revalorización de lo propio, publicado en 1916. Su "Ensayo sobre la Arquitectura y la Poesía" donde, insistiendo en su inquietud por una identidad nacional, escribe que "la arquitectura es el símbolo de una época para una raza y para una región... ella, al reunirlo todo, nos debe ofrecer el espejo de lo que somos y de lo que nos rodea".

En 1919 dio a conocer su homenaje "A los estudiantes de Arquitectura" y tres años más tarde los artículos "Del sacrificio y la salvación de la Belleza" y "El Arte Obrero, La Tradición y el porvenir de la Arquitectura", cuyo capítulo Las Dos Patrias sigue siendo un mensaje dramáticamente vigente para nuestra generación: "Hay una patria territorial y una espiritual. La territorial ya los pueblos latinoamericanos la tienen lograda: fáltales la segunda. Si la primera puede perderse —llena está la historia de guerras y conquistas—, la segunda, la espiritual, si se posee no se pierde jamás, antes bien es el baluarte que, como nada rinde, puede ser el foco de toda reconquista. Oscuramente adivinamos que se acerca para estos países una hora de prueba o de pretendida expansión cultural. Los que tengan confianza en las fuerzas del porvenir, que aún ocultas encarnamos, dejen de prestar oí-

dos a la fácil tarea de adaptación. Las cosas artificiales e inertes se hacen trayendo materiales del exterior. Los seres vivos crecen de dentro para afuera".

¿Crece desde dentro nuestra ciudad o se acumulan en ella cosas artificiales? Hacen falta voces que reflexionen sobre la arquitectura, crítica positiva que guíe la materialidad de lo que estamos construyendo y que nos haga valorar lo que a veces no observamos o nos cuesta apreciar. Que se explique, a la luz de la calidad y la belleza, los edificios más altos y los moderados, las rasantes, las pirámides truncas, las mastabas, los caracoles, la ciudad jardín o la urbana, los parques antiguos, los nuevos o los inexistentes, los barrios abandonados, las calles con árboles colorados. Quizás nos ayuden a crecer desde dentro y conocer lo que pensó Roberto Dávila o lo que construyó Josué Smith; lo que vivió Pedro Prado en su madurez: "... y caminando a la ventura, se detiene con extrañeza ante un antiquísimo edificio y hermoso edificio que nadie, nunca, ha profanado; más aún, recuerda que cuando alguien quiso poner mano en él, toda la ciudad salió en su defensa. Y atónito, el que de joven estudiante ya una vez lo entrevistó, ahora de arquitecto y de hombre viene nuevamente a comprender que sólo en la belleza está la salvación".

El Mercurio

21-IV-89. P. A3

1886-1952 8

169360